

## IN MEMORIAM

---

### Dr. D. Manuel Guerra Gómez\*

Dr. D. Félix María Arocena Solano

Académico de Número de la Sección de Teología de la Real Academia de Doctores de España

[farocena@unav.es](mailto:farocena@unav.es)



Académico de Correspondiente de la Sección de Teología.

En su toma de posesión, celebrada el día 05-04-2006, pronunció el discurso de ingreso: *La gnosis y sus rebrotes en nuestros días*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=172>

---

\* Palabras pronunciadas por el Dr. D. Félix María Arocena Solano en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Manuel Guerra Gómez celebrada el 09-02-2022

## DR. D. MANUEL GUERRA GÓMEZ

---

El miércoles 26 de agosto del año pasado, Dios quiso llamar a su presencia a don Manuel Guerra a los 90 años de edad y 66 de sacerdocio. Una pérdida producida por el coronavirus.

Don Manuel tomó posesión como Académico correspondiente de la Real Academia de Doctores de España, a primeros de abril del año 2006, con un discurso de ingreso titulado “La *gnosis* y sus rebrotes en nuestros días”, uno de los temas a los que dedicó gran parte de su labor investigadora, y siendo precisamente el doctor don Domingo Muñoz León quien hizo la presentación para su ingreso en nuestra Corporación.

Al evocar la figura humilde -y por tanto amable- de don Manuel Guerra, partimos de su cuna. Nació en el verano de 1931 en Villamartín de Sotoscueva y aquí encontramos ya un primer dato reseñable. En el término municipal de Sotoscueva había algunas cuevas -de ahí su nombre- enormes y sin apenas explorar. Desde edad temprana, comenzó a recorrerlas enseguida, presagiando, de algún modo, su inclinación al trabajo investigador dirigido al conocimiento de la Verdad, que es una persona: Jesucristo, el *Logos* encarnado. De otra parte, la merindad de Sotoscueva está enclavada en la comarca que es cuna de Castilla y esto le hacía sentirse siempre muy orgulloso de sus orígenes.

Tras ingresar a los once años en el Seminario Menor de san José de Burgos, sus superiores advirtieron su notable capacidad intelectual y le enviaron a la Universidad de Salamanca, en la que obtuvo el grado de Doctor con una tesis que todavía no ha sido superada: “*Episcopos y presbyteros* - Evolución semántica de los términos *episkopos* y *presbiteros*, desde Homero hasta el siglo segundo después de Jesucristo”. Se especializó también en lenguas: hebreo, griego y latín. Al reincorporarse a Burgos tras su doctorado, entró en relación muy profunda con don Demetrio Mansilla, futuro obispo de Ciudad Rodrigo, del cual llegó a ser verdadero amigo.

En 1967 comenzó la Facultad de Teología del Norte de España, siendo don Manuel uno de los cuatro primeros catedráticos de aquel Centro académico y Secretario General. Un compañero de claustro recuerda que el primer día de curso, al bajar del Seminario de san José, donde tenía entonces su sede la Facultad de Teología, le invitó a incorporarse a un grupo de sacerdotes del que él formaba parte con el fin de “ayudarse como sacerdotes”. Aceptó esa invitación al momento.

Siendo don Manuel un prototipo de *homo legens*, comenzó muy pronto a destacar como investigador del pensamiento cristiano primitivo, especialidad en la que llegó a ser una autoridad reconocida. En este punto me gustaría abrir un pequeño paréntesis para evocar una página de la biografía del célebre teólogo alemán Hans von Balthasar. Siendo todavía bachiller en Feldkirch (Austria) y cuando le faltaba todavía año y medio para acceder a la Universidad -dudoso sobre si dedicarse a la música o a la Germanística-, por su carácter

estudioso y su temprana dedicación a la lectura, se sintió preparado para realizar el examen de ingreso a la Universidad y, sin decirle nada a su padre, se presentó a la prueba de acceso en la que obtuvo la máxima calificación. Pues bien, a otro nivel y sin pretender establecer comparaciones -pero sí un cierto paralelismo-, me acordé de que, con el paso de unos pocos años, cuando las publicaciones del todavía joven profesor Manuel Guerra se iban abriendo paso en el ámbito académico, su prestigio sirvió para que las autoridades académicas del *Pontificium Institutum Patristicum "Augustinianum"* le dispensaran de la escolaridad y, tras los años de investigación, le concedieran el título de Doctor con una Tesis calificada con la máxima puntuación. Cierro ahora este pequeño paréntesis.

Contemporáneamente, la vida de don Manuel fue una existencia modesta donde la proyección intelectual ingente de sus conocimientos y proyectos convivía con sus costumbres sencillas, sin aparato. Ocupaba una casa modesta en cuya habitación -eso sí- se almacenaba tal cantidad de libros, que existía un peligro real de que el suelo cediera y se hundiese. Era frecuente que su cabeza fuera más rápido que su pluma, razón por la cual escribía con un estilo algo farragoso, necesitado de que algún colaborador puliera su narrativa de modo que a la hondura de sus asertos se uniera la nitidez redaccional.

Su celo apostólico, como sacerdote, encontró un cauce idóneo en su vocación al Opus Dei. En 1972, conoció personalmente a san Josemaría Escrivá hacia el que sintió verdadero cariño. Vivía un intenso trato personal con sacerdotes y laicos durante los cursos de retiro que predicaba a sacerdotes y en los muchos círculos de estudios que impartió a laicos. Su profunda vida espiritual le impulsaba a la contemplación en el ejercicio de su ministerio. Relató, en varias ocasiones, su encuentro con san Josemaría, en 1972, y cómo le pidió entonces que le explicara lo que el fundador del Opus Dei había afirmado de palabra y por escrito: que era posible orar *die noctuque*. Rezar, también durante el sueño, era para don Manuel Guerra un desafío al que no renunciaba.

Su profunda unidad de vida, su engastar la vocación académica con la misión sacerdotal se aprecia considerando cómo, desde su incorporación a la Facultad de Teología, aceptó el nombramiento de Capellán de las Madres Concepcionistas y, cuando éstas cambiaron de sede, dejó este encargo y se vinculó espontáneamente a la Parroquia de san Julián de Burgos, en la que durante muchos años celebraba la santa Eucaristía, dedicando los domingos a predicar y confesar durante varias horas.

Profesor también a lo largo de 25 años del Estudio teológico san Ildefonso de Toledo, dedicó -con gran generosidad y sacrificio- parte de su tiempo durante bastantes años a viajar a Pamplona para impartir las asignaturas relacionadas con las ciencias de las religiones. Fruto de su magisterio fueron los tres volúmenes de su "Historia de las religiones", precedente de

la que sería más tarde, en 1999, su “Historia de las religiones” dentro de la colección *Sapientia Fidei*, patrocinada por la Conferencia Episcopal Española.

Llegados a este punto, me gustaría destacar que ni su sabiduría ni sus muchas publicaciones -escribió más de 30 libros y un centenar de artículos, algunos tan extensos como un libro-, hicieron de él un hombre altanero; al contrario, todos los de su entorno concuerdan en que nunca alardeaba de su saber y que era profundamente humilde. Esta humildad era consecuencia de su vida contemplativa, pues era un sacerdote de profunda comunión sacramental con Cristo, que había calado en la docilidad íntima al Espíritu Santo.

Ignoro hasta qué punto don Manuel fue consciente del servicio que prestaba a la Iglesia en relación con los temas en los que se especializó -me refiero, sobre todo, aunque no exclusivamente, a su “Diccionario enciclopédico de las Sectas”-, pero sí estoy cierto de que concedía una importancia muy relativa a todo su empeño investigador. Porque estamos hablando de alguien que poseía una biografía mucho más interesante que la de un simple investigador de temas esotéricos, por mucha trascendencia que esos conocimientos puedan tener. Es cierto que su trayectoria académica y docente merecería un capítulo aparte, pero tampoco creo que a esa faceta don Manuel le otorgara excesivo relieve: había reuniones en las cuales se esperaba que hablase de los temas de su especialidad, pero no se conseguía demasiado en ese sentido. Lo que sí le entusiasmaba era dejar traslucir la grandiosidad del amor de Dios, del Dios tres veces santo, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, que en su designio de pura bondad crea libremente al hombre para que tenga parte en su vida dichosa. ¡Cuántas veces, al evocar las palabras que Guillermo de Tocco pone en labios de Tomás de Aquino en el momento de su muerte, me ha venido a la cabeza la figura del doctor Guerra: “oh Cristo, precio de mi redención; por tu amor he estudiado; por tu amor he pasado las vigiliass de las noches; por ti me he consumado y agotado. Te he predicado y enseñado”. Sí..., lo que es el aire para las aves y el agua para los peces era para don Manuel la misericordia de Dios y los santos Evangelios.

Recuerdo también verle disfrutar despejando horizontes en otros ámbitos como, por ejemplo, el arte cristiano, cuando mostraba detenidamente la Cartuja de Miraflores. Al margen de lo que investigó, escribió o divulgó a lo largo de los años y por encima de cualquier otra cosa, Manuel Guerra era un sacerdote cien por cien. Feliz de seguir su vocación, plena y jubilosamente consciente de que todo lo demás quedaba supeditado a su ministerio.

Desde la perspectiva de mi especialidad -la teología litúrgica- sería injusto no destacar el valor de la contribución de don Manuel -como filólogo- a la *lex orandi* del Rito romano precisamente en su *liber princeps*, que es el Misal romano, una vez que ya se había completado la tarea ímproba y difícilísima de verter al castellano la eucología latina de la edición típica de este Misal. Deseo traer a la memoria aquella gran lección inaugural del

curso académico 1990-1991, celebrada en el Seminario mayor de la archidiócesis primada de Toledo, cuando don Manuel disertó sobre “La traducción de los textos litúrgicos - Algunas consideraciones filológico-teológicas”. Quién lee sin prisas el opúsculo que se editó a partir de aquella lección inaugural, suficientemente ampliada para su publicación, se hace cargo del dominio latino de don Manuel y de su valioso aporte, en vistas a una traducción -siempre idílica- que se acerque lo más fielmente posible al texto latino, sin perder inteligibilidad, ni apartarse de un estilo castellano depurado. Un compromiso que nunca deja de ser asintótico, pues jamás se podrá trasponer el genio de la *latinitas liturgica* a la idiosincrasia del sistema lingüístico de una lengua vernácula. Tengo cierta experiencia de las dificultades que entraña traducir al castellano el latín del Rito romano y la suerte que supondría poder contar con un perito de las condiciones e idoneidad que reunía don Manuel.

Finalmente, nuestro compañero académico, mientras disfrutaba de unos días de descanso y formación cerca de Villagarcía de Arousa, en el año 2019, sufrió un *ictus* agudo que le dejó físicamente imposibilitado e incapaz de valerse por sí mismo. Don Manuel, que nunca se quejó, ofrecía los avatares de su delicada situación por la Iglesia y el Papa. Al abandonar el hospital, se trasladó a vivir a la Residencia Sacerdotal de Burgos, donde permaneció y se recuperó parcialmente hasta el momento de su fallecimiento, el 26 de agosto de 2021 en el Hospital Universitario de esa misma ciudad, recibiendo la santa Unción de manos de uno de los capellanes, pues eran los únicos que tenían acceso a los enfermos debido al coronavirus. Hacía escasos días que había cumplido noventa años.

Al día siguiente se celebraron las exequias por su eterno descanso en la parroquia de san Julián de Burgos, presididas por el actual arzobispo mons. Mario Iceta, el obispo emérito mons. Fidel Herráez y mons. Ramón del Hoyo, obispo emérito de Jaén y amigo personal de don Manuel. Fueron muchos los sacerdotes que concelebraron la santa Misa a pesar de las dificultades inherentes a la pandemia.

Deseo concluir estos breves recuerdos adhiriéndome a un pensamiento de Juan Crisóstomo, radicalmente aferrado a la fe de la Iglesia, cuando escribe:

*“no nos entristecemos por haberlo perdido,  
sino que damos gracias a Dios por haberlo tenido,  
y de tenerlo todavía, pues quien muere en el Señor vive para siempre”.*

Así nosotros, aquí y ahora, con nuestro compañero académico don Manuel Guerra Gómez.

Muchas gracias por su atención.